

# AURORAS y TEMPESTADES REPUBLICANAS

HISTORIA DE UNA FAMILIA REPUBLICANA

BAJO LAS GARRAS

DEL DESPOTISMO



Almeria

Granada Jose Garcia

Wilson

Baia Joaquin

Salamanca Garcia

Antania Capitulo XIX

Manuel Lopez

Mataga Sara de

de Ligu

María Garcia Gijón

Balsadilla 24 del 9-36

María Garcia Gijón



## CAPITULO XIX

# UN RINCON DE PAZ

I. CORAZON DE JESUITA.—II: UN LACAYO OPORTUNO.—III: LA MANO DE UN AMIGO.  
IV: NOCTURNIDAD.

21.

I

### CORAZON DE JESUITA

¡La España católica! La ensalzada como hija dilecta por varios pontífices; el país desdichado que sufrió el oprobio de ver encarnados sus sentimientos religiosos en la obesa y descocada humanidad de Isabel II a quien el Papa, en 12 de Febrero de 1868 concedía la rosa de oro para premiar, además de su celo religioso, sus muchas y destacadas "virtudes", no podía, a pesar de que vientos de revolución la hubieran oreado sustraerse de un modo absoluto al influjo fatal de la sotana. Sobre los campos y en las ciudades, pero más ostensiblemente sobre los esclavos de la tierra, imperaba y, acaso continúa imperando, el negro fantasma clerical y por esto no es extraño que el maquiavélico padre Amador, después de haber despedido a Bartolomé en lugar próximo al convento de la Concepción en Guadalajara, pudiera encontrar vehículo cómodo y rápido que apresuradamente le condujera a Madrid, a la capital, que ya se preparaba a ser de nuevo católica y apostólica corte de las Españas.

Ocupó una vieja silla de posta que hubieron de facilitarle en cierta granja próxima y el sacerdote, después de recomendar al cochero que cerrara las ventanas del carruaje, quizás para evitar un mal encuentro, hundióse en el fondo del vehículo.

—Es preciso llegar al palacio—imaginaba—antes que Bartolomé, terminada su comisión, vaya a buscarme. Por fortuna para todos, las cosas han cambiado bastante y ahora no será difícil hundir a Pedro Recio en un calabozo para toda su vida... o fusilarle si a mano vienen las cosas para ello.

Es claro—proseguía reflexionando el clérigo—que si así sucede, aumentará el odio de Carmen hacia Gonzalo, pero... de algo sirven las buenas máximas, la memoria para recordarlas y la oportunidad para darles aplicación... Juan de Lugo, el jesuita, dice en su "Tratado de la Encarnación" que "se puede robar a todo deudor que se sospeche siquiera que no ha de pagar..."

y como estoy plenamente seguro que Carmen ha de negarse a pagar con la debida sumisión a Gonzalo todos los sacrificios e inquietudes que voy sufriendo en este asunto, resulta de aquí que la necesidad y el hecho de robar están plenamente justificados... Admitida la legalidad falta sólo encontrar la forma para que los resultados sean plenamente positivos... Ante todo eliminar a Pedro y luego...

Como si su propia conciencia hubiera podido delatarle, el padre Amador detuvo su reflexión en este punto y al pensamiento vino a suplir una sonrisa fría que se apagó silenciosa en el fondo del carruaje.

Este rodaba ya sobre las calles de Madrid y minutos más tarde deteníase junto al amplio portal del palacio de Gonzalo. Segundos después, el clérigo hallábase frente al duquesito.

apenas apareció el cura en el umbral del gabinete donde esperaba el aristócrata, este corrió a su encuentro.

Todavía no había conseguido dominar el nerviosismo que hubo de producirle la escena ocurrida junto a los umbrales del convento.

—¿Qué noticias me trae, padre Amador?

—No sé.

—¿Qué quiere decir?

—Si los informes que al salir del convento he recibido responden a la verdad...

—¿Qué le dijeron?

—¿Tu sabes que Pedro Recio ha regresado?

—Lo vi por mis propios ojos, padre Amador.

—Entonces... ya sabes lo más importante.

—Bien, pero... ¿qué sucedió después? ¿Dónde está Carmen?

—¡Calma! ¡Calma! ¡Procedamos con orden!

—¿Cuando usted se propone molestarme!...

—Es quizás cuando mejor te sirvo. Ante todo, ¿qué sucede en Madrid?

—¡Valiente cosa!

—¡Me gustas por lo sensato!

—Lo que yo deseo...

—Lo que tu debes desear es que haya terminado, por fin, esa peste de República y acabe con ella el dominio de los descamisados.

—¡Eso acabó ya! No hace mucho acabo de oír las descargas. La guarnición de Madrid los está fusilando en las mismas puertas del Congreso.

—¡Muy bien!... Eso quiere decir que, desde ahora, podremos trabajar con más libertad de brazos.

—¡Bueno!... ¿Y qué?

—Di lo que pretendes.

—¡Apoderarme de Carmen!

—¿Por encima de todo?

—¡De todo!

—¡Eso no puede ser, Gonzalito!

—¿Que no puede ser? Entonces... ¿de qué nos sirve haber vencido a esa chusma?

—¡Eseúchame!... ¿No te parece que antes de caer sobre Carmen eliminemos cumplidamente a Pedro Recio? Ahora no será muy difícil.

Gonzalo guardó silencio.

—Ante todo debemos simplificar las cuestiones... ¿Comprendes?

—Bien, pero...

—¡Sobran motivos! Apenas Pedro Recio penetre en Madrid y esto ya debe haber sucedido, se lanzará a la calle, irá en busca de los suyos y, entonces... le cazaremos sin la menor dificultad.

—Entonces... ¿El plan?

—Es muy sencillo. Respecto a Pedro...

Unos golpes apresurados y suaves, como si el que los daba hubiese querido armonizar en ellos el respeto con la urgencia, resonaron en la puerta del gabinete donde nuestros dos personajes dialogaban. La súbita llamada interrumpió la frase del sacerdote. Gonzalo exclamó impaciente:

—¡Adelante!

En el umbral apareció el ayuda de cámara del aristócrata:

—¿Qué sucede?—preguntó el duquesito.

—El lacayo pretende ver al padre Amador sin perder un instante, y como dice que se trata de un caso urgente y...

—Basta—interrumpió el clérigo—. Con la venia del señorito Gonzalo dile que pase inmediatamente...

El aristócrata accedió con un movimiento de cabeza.

El duquesito interrogó al cura con las pupilas, y el sacerdote limitóse a responder tras una sonrisa.

—Escucha y lo sabrás todo sin que yo te lo explique.

Un instante después Bartolomé penetraba jadeante en el gabinete y ante la presencia de su amo, que se detuvo un poco cohibido.

## II

### UN LACAYO OPORTUNO

—¡Señorito!

—Cuenta, di... ¿para qué quieres ver al padre Amador? ¿Por qué no viste en el coche? ¿Qué has visto? ¿Qué sabes?

Llovían las preguntas y Bartolomé, completamente aturdido, pidió gracia al clérigo con una mirada.

El sacerdote, sin perder un instante la seguridad sobre sí mismo, tomó a Gonzalo por uno de los brazos, mientras exclamaba levemente:

—Ya veo que vas adivinando. Bartolomé ha de contarnos, sin duda, cosas de interés, pero antes es preciso que le dejes respirar... Siéntate.

Y volviéndose al lacayo, añadió el sacerdote:

—Vamos; tranquilízate y dínos dónde has dejado a Pedro Recio y a su paloma.

—Es que ha sucedido una cosa inesperada, una cosa que...

—¡Habla de una vez!

—Como usted me mandó, espí a los dos fugitivos.

—¡Ligero!—apremió Gonzalo.

—Logré—prosiguió el lacayo—alcanzarlos y hasta encontrar un carro que los recogió.

—¿Y en el que tú habrás venido?

—Así era mi deber. Fingí dormir y durante el viaje no supe más sino que la mujer pensaba dirigirse a su antigua casa de la calle de Toledo.

—¿Has dicho que pensaba?

—¡En efecto!

- Eso me hace suponer que ha variado de idea.
- Forzosamente, padre Amador.
- ¿Y por qué?
- Porque apenas llegó el carro a Madrid y cuando cruzábamos la calle de Atocha vinimos a dar con un grupo terrible de revolucionarios que se dirigían al Congreso.
- ¿Y?—preguntó rápido el clérigo.
- Pedro Recio no pudo reprimir su entusiasmo y al erguirse en el fondo del carro, los revoltosos le descubrieron, arrastrándole con ellos. Carmen, no habiendo podido detenerlo le siguió y también el carretero, que tiene una taberna frontera a la casa de esa muchacha...
- ¿Y qué? ¿Qué ha sucedido?—interrogó anhelante Gonzalo.
- Pues... que apenas llegó el grupo frente a las escaleras del Congreso, salió de allí una granizada de balas y Pedro Recio cayó con el corazón atravesado.
- ¿Estás seguro?—preguntó el aristócrata.
- ¡Segurísimo, señorito! Daba miedo verlo. Tenía los ojos muy abiertos y muy fijos. Parecía que iban a salirse de la cara. Al caer se había partido los labios y la boca ensangrentada, roja, parecía "talmente" una puñalada tremenda.
- ¿Y Carmen?
- El carretero tomó a la criatura y quiso arrancar a la muchacha del muerto, adonde se había cogido como una loca. ¡Lástima daba verla!
- Déjate de comentarios—replicó el clérigo—y acaba. Lo que nos importa es que nos digas dónde está esa mujer.
- Viendo que el carretero no adelantaba nada, le ayudé y entre los dos pudimos sacarla de allí antes que nos aplastara a todos la caballería. Sin sentido metímosla en el carro y en la taberna de la calle de Toledo está.
- ¡A buscarla en seguida, padre Amador! ¡A buscarla!—exclamó el aristócrata.
- Un poco de paciencia. Acuérdate que pudiste escapar de la primera y acaso no lograrías escapar de la segunda. Ahora estamos en los momentos más comprometidos.
- ¡Y la dejaremos escapar!
- ¡Calla! ¿Qué necesidad tenemos de exponernos?
- Y el padre Amador, volviéndose al lacayo, exclamó:
- Has sido muy torpe, Bartolomé.
- ¿Yo?...
- Tú. Has tenido la ocasión de rendir a tu amo un buen servicio y no lo has hecho.
- Cuenta, padre Amador, que no podía hacer más...
- ¡Ya lo creo! Teniendo, como tuviste a mano a esa criatura...
- ¡Ah!
- ¡Naturalmente! Ya se ve que eres bisoño en el oficio.
- Gonzalo adelantó un paso hacia el sacerdote. Había comenzado a comprender.
- Así, pues—dijo—, ¿usted pretende?
- Que sea ella la que te busque a ti. ¿No es mejor esto?
- Le advierto, padre Amador, que no estamos solos.
- ¿Lo dices por Bartolomé?... No te inquietes. Este ni ve ni oye hasta que yo no se lo mande.

El lacayo, con su actitud hipócritamente recogida, con la frente inclinada y los brazos pegados al cuerpo, parecía confirmar las palabras del clérigo.

—¿Tú has estado en alguna ocasión en la calle del Clavel?—le preguntó el padre.

—¿Supongo—preguntó a su vez el espía—que se refiere usted?...

—A la casa de tu amo.

—¿Dos veces!

Volvióse el cura al aristócrata y exclamó:

—¿Dame las llaves de aquella casa!

—Aquí están.

—¡Muy bien! Ahora—dijo el cura, dirigiéndose al criado—has de buscar a una mujer que se cuida de la lactancia de esa criatura. Ni tú ni ella saldréis de la casa de la calle del Clavel hasta que yo no te lo mande.

—Entonces...—se atrevió a iniciar Gonzalo.

—Espera. No necesitas preguntar para enterarte de todo.

—¿Qué tiempo—preguntó el clérigo a Bartolomé—calculas necesario para sacar al niño de la taberna?

—Sobre todo es preciso esperar la noche para intentarlo.

—Esperaremos... ¿Y después?

—Menos de dos horas.

—¡Perfectamente! Así, pues, esta noche...

—Pasadas las doce intentaré obedecerle. A las dos de la mañana creo que todo habrá terminado.

—A las dos en punto habrá un hombre frente al balcón de la casa. Distinguirás un bulto en las tinieblas. Toma entonces una luz y con ella en la mano derecha, álzala dos veces. Este será el aviso de que todo está consumado.

—¿Después?

—Aguardarás mis órdenes o las del señorito Gonzalo. Entre tanto, no abandones la casa bajo ninguna excusa.

—¿Nada más?

—Nada más.

Gonzalo paseaba mientras tanto el gabinete. No podía dominar su impaciencia y apenas pronunció el sacerdote sus dos últimas palabras, detúvose el aristócrata y exclamó, dirigiéndose al lacayo:

—¿Qué haces ahí, estúpido? ¿No has oído que puedes marcharte?

Bartolomé, sin alzar la frente, retrocedió hasta la salida de la estancia y un instante después había desaparecido tras la roja y pesada cortina.

Entonces el clérigo preguntó levemente, tras una sonrisa:

—¿Estás satisfecho?

—No... Todo eso es demasiado lento.

—¿Lento?

—¡Muy pesado!

—¿Pesado cuando dentro de unas cuantas horas tendrás por fin a Carmen en tus manos?

—Todavía no lo he visto. Antes que rendirse será capaz de todo.

—¡En efecto! De todo... menos de perder a su hijo.

El aristócrata no respondió. Dejóse caer en una butaca, mientras el padre Amador, acercándose sin ruido al cortinón que cerraba la puerta de la estancia, miró hacia afuera, temiendo acaso que alguien hubiese podido espiarlos.

III

LA MANO DE UN AMIGO

- ¡Para siempre, Dios mío! ¡Para siempre!
- Las balas no tienen sentimientos, muchacha, y Pedro las había buscado tanto y tanto, que alguna vez había de encontrarlas.
- Yo debía caer con él. Si era suya debía ser también en la muerte.
- ¡Bah!... No digas tonterías. Como si no tuvieras en el mundo a quien volver los ojos.
- ¿A quién?
- ¡A tu hijo!
- ¡Pobre! ¿Para qué ha nacido?
- ¡Toma!... Para vivir con el mismo derecho que nosotros... Tú eres su madre y tienes el deber de velar por su vida.
- Yo no podré vivir, señor Francisco. He sufrido mucho y además no tengo a nadie en el mundo. Me faltan fuerzas para trabajar.
- ¡No se ganó Zamora en una hora! Andando los días vendrá la resignación. Eres joven y tu juventud podrá con todo. Mientras tanto, de nada has de preocuparte. Esta casa es la tuya.
- No sé cómo agradecerle a usted, señor Francisco...
- Haciendo lo que yo te mande. En la taberna ya sabes que no hay mucho sitio. La tienda y este cuartocho. Bueno, pues el cuartocho para ti y para el muchacho. Yo dormiré junto al mostrador.
- Pero... sin la cama...
- ¡Anda, ésta! Bien se ve que no pudiste verme en la primera guerra civil, durmiendo dos años sobre las piedras y por candileja la luz de las estrellas.
- Gracias, pero yo deseo trabajar, pagarle a usted de alguna manera.
- Te perdono, porque no sabes lo que dices...
- No quise ofenderle, señor Francisco.
- Pero me ofendiste sin darte cuenta. No te olvides de que quien hace una obra de caridad para cobrarla es un infame.
- Palmoteaban en la taberna y el generoso anciano alzóse de la desvencijada silla, que apoyada sobre el muro guardaba una relativa estabilidad y exclamó resuelto:
- Esa gentuza se impacienta y tengo que dejarte. No pases cuidado. El que quiera llegar aquí ha de pasar por el mostrador y todavía guardo yo una cabritería que se pinta sola para un compromiso.

\* \* \*

Lentas, eternas, pasaron para Carmen las horas de aquel día en que la sangre de Recio había hecho más rojos sus labios. Había llorado tanto que ya ni lágrimas quedaban en sus pupilas.

El cuarto que ocupaba en la taberna nuestra protagonista hallábase tan hondo que no llegaban a él los gritos de la multitud, azotada otra vez por la resucitada tiranía.

Carmen besó al niño muchas veces, muchas; acalló su llanto acercándole el lloroso rostro y alimentándolo con sus propias lágrimas, y cuando por la única ventana que servía de ventilación a la estancia comenzaron a llegar

Las primeras horas de la noche la enamorada sin consuelo, vencida por el rendimiento físico, advirtió que sus párpados íbanse cerrando, ajena la naturaleza a todo dolor, indiferente a toda su amargura. Quiso resistir y no pudo. Como muerta quedó extendida, inmóvil, sobre el sencilló lecho del señor Francisco y junto a su pecho el hijo del revolucionario durmió feliz, hallando en el seno maternal toda la felicidad de su vida, vida que significaba una interrogación sin respuesta posible.

La noche, aliada del misterio y cómplice del crimen, comenzó a desrizar su leyenda de sombras, mientras en la paz del espacio infinito las estrellas escribían maravillosos geroglíficos de luz.

#### IV

#### NOCTURNIDAD

En la placeta de la Cruz había resonado la última campanada de las once cuando Bartolomé penetró en la taberna del señor Francisco.

Prohibido estaba a tales horas semejante comercio, pero el tabernero desobedecía las ordenanzas precisamente por ser entonces cuando realizaba mayores beneficios.

Bartolomé, que lo sabía, no obstante hallar cerrado el establecimiento, empujó la puerta, entornándola tras él y a dar vino en pleno mostrador ante las pupilas grises del señor Francisco.

—¡Adiós, buena pieza!—exclamó el tabernero al descubrirlo.

—Cuando le dejen un minuto de tiempo me va usted a sacar el mejor vino que tenga en su casa.

—Para los nuevos parroquianos como tú guardo yo canela fina.

—¡Pues a ver si es verdad!

—¡Siéntate, que ahora voy!

Bartolomé eligió uno de los ángulos de la taberna, donde la luz no era muy abundante.

Con cierto disimulo por si el viejo había podido sospechar, examinó el terreno para elegir posiciones y, a poco de reflexionar, advirtió que si la suerte le acompañaba, todo podría salir a medida de sus deseos y conforme a las órdenes que había recibido.

Dos minutos más tarde hallábase el señor Francisco junto al espía. Este trató de informarse, por si alguna circunstancia imprevista hacía preciso modificar sus planes.

Mientras escanciaba el vino espeso y negro, que el tabernero le había servido, preguntó:

—¿Y por fin qué se hizo de aquella pobre mujer?

Francisco reprimió la respuesta. Instintivamente imaginó los peligros que aún podían acechar a Carmen y comprendió además que la verdad en aquellos instantes podía significar una imprudencia. Clavó sus grises pupilas en el rostro de Bartolomé para observarlo.

El cómplice de Gonzalo pareció no advertirlo. Todo su afán, al parecer, consistía en llenar el vaso hasta los bordes sin que ni una sola gota se derramara del oscuro líquido. Su actitud no podía ser de una más completa indiferencia. Advirtió que no respondía el tabernero y entonces, alzando hacia él los ojos, interrogó:

—¿Se ha quedado usted mudo, tío Francisco?

—Como estabas tan distraído.

—Si tan callado se lo quiere usted tener; a mí tampoco me interesa demasiado. Le pregunté porque sé que tiene usted buen corazón y que a la muchacha le falta un sitio donde recogerse.

—Tiene su casa.

—¿Y qué ha de hacer allí sola entre las cuatro paredes?

—Por eso hice lo que pude para que aceptara un pequeño socorro mío.

—¡Ya sabía yo!

—Al anoecer la mandé con el chico a Toledo. Allí estarán en casa de una hermana mía, mientras la vida no disponga otra cosa.

La mentira había temblado en los labios del viejo Francisco; además no pudo evitar una rápida mirada al cuarto que Carmen ocupaba. Suponía que no era observado, pero aquella mirada vino a delatarle, poniendo a Bartolomé en la verdadera senda para cumplir su infame propósito.

—Bien hizo usted en mandarla fuera con la criatura. Carmen es guapa y en la taberna le hubiese dado a usted más de un quebradero de cabeza.

Poco más hablaron. El tabernero, requerido por la parroquia, que ya empezaba a escasear, volvió al mostrador y Bartolomé apuró el vino de un solo trago y pensó que había llegado el momento de iniciar su maniobra.

Esperó diez minutos más y luego alzóse del taburete.

Levantando la mano derecha saludó al tabernero, que hallábase muy ocupado con sus clientes. Francisco le respondió inclinando la cabeza y el espía dirigióse hacia la puerta de salida.

Había contado con la circunstancia de que los bebedores detenidos junto al mostrador entretendrían al tabernero lo bastante para que su maniobra pudiera realizarse.

Aprovechó el momento y, al llegar al umbral, en lugar de salir, escondióse rápido tras algunas pipas vacías que se hallaban arrinconadas junto a la pared. Todo estaba hecho. Faltaba solo esperar el momento decisivo.

—Si registra antes de cerrar—pensó Bartolomé—me descubrirá sin remedio y entonces tendré que cambiar la astucia por la fuerza.

Llegó por fin la media noche y el tabernero comenzó a desocupar la tienda, echando a empujones a los que, de grado, no quisieron abandonarla.

Minutos después cerraba la puerta y derramando una mirada por la sala, encaminóse al fondo de la tienda, volviendo a poco con una gruesa manta zamorana entre las manos.

Bartolomé espía sin perder un solo detalle. Vió como el viejo hizo su sencilla cama y después de tenderse sobre ella, apagó de un soplo la luz amarillenta del candil.

Unos minutos más; los suficientes para que el sueño cerrara sus ojos.

Cuando esto sucedió, Bartolomé salió cautelosamente de su escondrijo. La respiración fuerte del viejo guiaba sus pasos. Pasó junto a él sin rozarlo y así llegó al cuarto de Carmen.

Lo demás fué cosa de un momento. Fácilmente pudo arrebatarse al niño. Abrió la ventana con toda clase de precauciones y dos minutos después( ocultando a la criatura bajo la parda y amplia capa, corría desesperadamente hacia la calle del Clavel. Las órdenes del padre Amador se habían cumplido.



## CAPITULO XX

# ¡MALDITO SEAS!

I: AMARGO DESPERTAR.—II: INFAME ESPIONAJE.—III: EL TRUNFO.  
IV: DIEZ AÑOS DESPUES.

### I

#### AMARGO DESPERTAR

La fatalidad burlábase de Carmen. Un secreto destino de martirio y de lágrimas hacía que la madre casualidad la encaminara por sendas de amargura, sin que pudiera el azar ampararla siquiera por una vez.

El sueño de nuestra protagonista fué lo bastante pesado para que no despertara en el momento oportuno, en aquel instante en que Bartolomé, cumpliendo las infames órdenes recibidas, arrancó cautelosamente al niño de su pecho. El corazón tampoco quiso despertar para avisarle, y sólo cuando ya la infamia era irremediable, cuando el espía estaba lejos de la taberna con su preciosa carga, a punto de amanecer, Carmen abrió los ojos, y cuando sus manos hallaron vacío el lugar que su hijo había ocupado, un grito de angustia desesperada salió de su garganta.

Francisco despertó sobresaltado al escucharlo y corrió al cuarto de su protegida.

—¡Carmen! ¡Carmen! ¿Qué tienes?

—¡Me han robado a mi hijo!

—¿Qué?

Y el tabernero empujó la puerta del miserable dormitorio, y advirtió el rostro de Carmen palidísimo, las pupilas quietas, los labios temblorosos y las manos blancas, que se retorcían desesperadas.

—¡No pudiste advertirlo!

—¡No! ¡Tenía que ser así para que no pudiera defenderlo! ¡Dios mío!... ¡Maldita sea!...

—Calla, no maldigas.

—Maldigo de todo; de mi vida, de la fatalidad que me persigue, del martirio de vivir, señor Francisco.

—El canalla escapó por la ventana... ¿Acaso?

—¿Sospecha usted?

- Sospecho y creo que, con razón.  
 —¿De quién? ¡Hable usted, hable usted, por Dios, sin perder un momento!  
 —Lo peor es que no sé de quién se trata.  
 —Pero...  
 —Anoche vino, estuvo bebiendo.  
 —¿De quién habla? ¿A quién se refiere?  
 —¿No recuerdas aquél que nos acompañó en el carro desde Guadalajara?  
 —¿Aquél?  
 —¡El mismo!

—Yo lo encontraré. ¡Minaré cielo y tierra para encontrarlo!

Y mientras hablaba, Carmen habíase vestido y, resuelta, dirigióse hacia la salida del cuarto.

—Pero... ¿dónde vas a estas horas? Espera, mujer, que te acompañe.

—Déjeme usted salir.

—¿Sola?

—Déjeme. Sería capaz de todo si alguien se atreviera a detenerme.

Francisco no pudo contenerla. Carmen habíale empujado en el pecho y mientras la desolada mujer ganaba la puerta, el viejo vióse derribado sobre la única y desvencijada silla de la estancia.

Alzóse lo más pronto que pudo, corrió detrás de Carmen, pero cuando, jadeante, atravesó el umbral y salió a la calle, la víctima de Gonzalo había desaparecido.

—¡Bueno! ¿Y cómo adivino yo ahora por dónde ha ido esta muchacha?

Bajo las primeras luces del nuevo día el viejo tabernero caminó absolutamente desorientado. Cruzó la Plaza Mayor y a poco se perdía por una callejuela.

—Yo sé—imaginaba—de dónde vienen los tiros, y como no me falta lengua ni corazón, ya procuraré yo que me oigan.

Las intenciones del viejo eran generosas. No obstante, el resultado de sus esperanzas habría de ser bastante lamentable.

\* \* \*

Entre tanto, Carmen, sin saber adónde dirigirse, y ya lejos de la taberna, habíase detenido en plena calle.

—¡Dónde ir, virgen santa! ¿De quién he de guardarme? ¿De Gonzalo? ¡Imposible! ¿Para qué ha de robarme a mi hijo?

En su dolor, Carmen no acertaba a comprender el infame maquiavelismo del clérigo.

Muy temprano era, pero su angustia la llevó al centro de la calle del Olmo, donde Pedro había comenzado sus desdichados azares políticos.

—¿Si pudiera encontrarme con Andrés? El me ayudaría, seguramente, a rescatar al niño.

Anhelante llegó a la puerta de la sociedad obrera. La golpeó con toda su fuerza. Cada segundo de silencio aumentaba la inquietud de su espíritu.

—¡Nadie!... ¡No responde nadie! Súbitamente escuchó que abrían una puerta próxima. Correspondía aquélla a una vivienda inmediata, dentro del mismo edificio y en el umbral apareció una mujer enlutada. Agrio era su gesto, y un tanto descompuestas sus maneras.

—¿Qué quiere?—exclamó al descubrir a Carmen—. ¿Qué viene buscando a estas horas?

—¿No hay nadie aquí?

—¿Que si no hay nadie?—¿Pero de dónde sale usted?

—Buscaba...

—¡Pues ya puede buscar hasta que se le salten los ojos!

—Yo soy la mujer de Pedro Recio... ¿Sabe usted?

—Pues no se asuste mucho, porque no es usted a la única a quien le han matado su hombre.

—¡Es que acaban de robarme a mi hijo!

—¡Y con lo caro que está el pan!

La ocurrencia hizo que la emoción angustiosa cerrara la garganta de nuestra protagonista. Quiso hablar y no pudo. Advirtió que la luz se escapaba de sus ojos y tuvo que apoyarse en la pared sucia y desconchada para no caer.

La mujer que le había recibido no tuvo ni un solo instante de compasión para la desolada.

Apremiante expresó:

—Bueno... ¿Y en fin de cuentas?...

—Vine aquí por si encontraba en el centro a Severino.

—Severino está en el cementerio.

—¿Y Andrés?

—Andrés en la cárcel y "pa" mí que tiene "pa" un rato.

—¡Ay, Dios mío!

—Si no es más que eso, bueno será que despache. La policía anda con mucho ojo y si la ven aquí pagaremos justos por pecadores.

—¡No puedo más!

—¡A la calle! ¡Con el fresco de la mañana se le pasará el soponcio!

—Oígame. ¡Por caridad!

La puerta se cerró de golpe. Carmen escuchó que dentro de la vivienda resonaban algunas voces y que luego unos pasos se alejaban hasta perderse en el silencio.

Nada podía esperar. Con las manos apoyadas sobre el muro, comenzó a descender por la breve escalera. De nuevo comenzaba la senda de martirio, sin más orientación que su profunda amargura.

## II

### INFAME ESPIONAJE

Carmen creíase sola en aquella senda de dolor y de lágrimas. Para que así ocurriera hubiese sido preciso que el espíritu jesuítico que el padre Amador guardaba bajo su sotana flamante de capellán de casa rica, hubiera desaparecido, y como esto, mientras alentara el sacerdote, no podía ocurrir, bueno será que advirtamos que no dejó el clérigo que Carmen iniciara su camino de calvario sin el correspondiente espionaje.

Todo lo había calculado el sacerdote a partir del momento en que Bartolomé hizo la señal convenida. Hubo de suponer con acierto que Carmen saldría impulsada por su dolor y no le faltó al clérigo ánimo para seguirla solapadamente, esperando el momento más oportuno para terminar su obra.

Había resuelto no intervenir directamente.

—Podría saber... ¡No! ¡No me conviene! Si me reconociera, retrocedería en lugar de avanzar, y no es la ocasión de provocar un retroceso.

Carmen, entre tanto, cruzando algunas calles, había llegado a la de Al-

calá. No es posible adivinar cuál hubiera sido el fin de aquella dolorosa peregrinación si, súbitamente, al detenerse en la mencionada calle, sus pupilas no hubieran descubierto las breves escaleras de la iglesia de San José.

Para la desdichada mujer todas las fuerzas humanas habíanse confabulado contra ella. Imaginó que tan sólo la influencia y el apoyo divino podrían salvarla y, resuelta, siguiendo el hilo de aquella inspiración, penetró en el templo y, a postrarse fué, agobiada por su dolor al pie de uno de los altares.

El padre Amador, que no abandonaba su espionaje, siguió sus pasos y, de lejos, vió como Carmen se arrodillaba.

El cura quedó indeciso unos momentos. Gonzalo esperaba. ¿Qué hacer?

Instintivamente derramó sus miradas, atravesando con ellas la penumbra de la nave y, de pronto, sus pupilas detuviéronse sobre la figura de una mujer que rezaba agazapada junto a un confesonario.

El descubrimiento hizo que a los labios del cura asomara una sonrisa de perfecta satisfacción.

Ligero adelantó hacia la beata y cuando estuvo junto a ella, la tocó suavemente en uno de los hombros.

—¡Doña Micaela!

La que rezaba, anigua conocida nuestra, alzó el rostro y exclamó un poco sorprendida:

—¡Padre Amador!

—Perdóneme que le interrumpa, pero deseo que hablemos unos instantes.

—¿Aquí?

—¡Aquí mismo! Solamente algunas palabras. Confío en que bastarán para que usted me comprenda.

Juntos alejéronse hasta una próxima capilla. El clérigo habló rápido, enérgico, su voz no era más que un murmullo. La beata asnetía, inclinando repetidamente la cabeza.

A los pocos segundos había terminado la entrevista y el sacerdote, al despedirse, interrogó:

—¿Puedo marcharme confiado?

—¡Sin duda! La ocasión no es de las peores para ser aprovechada.

\* \* \*

Carmen había terminado la oración fervorosa prestigiada por el dolor inmenso de su espíritu.

Autosugestionada creyó en el milagro. La virgen le daba fuerzas para encontrar a su hijo. ¿Cómo? ¿De qué manera? No podía adivinarlo, pero se alzó con súbitas energías. Reconfortado su ánimo, dirigióse al umbral del templo. Una misteriosa seguridad, que achacaba Carmen a origen divino, guiaba sus pasos.

Pisaba el último peldaño para salir del sagrado recinto, cuando una voz que despertó en nuestra protagonista dormidas inquietudes, resonó a su lado.

—¡Carmen!... Mujer... ¿No me conoces?

—¡Doña Micaela!

—Cuánto me alegro de verte... Pero estás muy pálida. ¿Qué te sucede?

Entre suspiros y contenidos sollozos explicó la víctima de Gonzalo la razón de su angustia, y cuando hubo terminado doña Micaela, que fingía no saber nada de lo que estaba escuchando, expresó:

- Por desgracia, no puede extrañarme nada de lo que te ha sucedido.
- ¡He obrado siempre bien; no tengo nada de qué acusarme!
- Así será, pero has olvidado que siempre puede más la razón del más fuerte.
- ¿Aunque la razón no sea más que una infamia?
- ¡El dolor de ser pobre, hija mía!
- Pero... ¡y mi pobre hijo! ¿Qué hizo mi pobre hijo para que lo arranquen de los brazos de su madre?
- Consecuencias.
- ¿Consecuencias de qué?
- De lo mismo.
- ¡Bien sabe Dios que no puedo comprenderla!
- Doña Micaela guardó una breve pausa y luego, tras un profundo suspiro, expresó:
- ¡Si Dios no me diera otros trabajos que hallar a esa criatura!
- ¿Usted?... ¿Pero usted sabe?
- No lo sé, mujer, no lo sé... pero me lo figuro. No en valde conoce una la vida y a los hombres y al diablo también, ¡que inventa cada cosa!
- ¡Hable usted, por Dios! Oriénteme, por lo que más quiera en este mundo.
- El caso es, Carmen, que yo no quisiera...
- ¡Qué!... ¿Qué quiere usted decir?
- ¡Yo veo en todo esto la mano de Satanás, hija mía!
- Explíquese, doña Micaela. ¡Por la Virgen santísima!
- ¿Tú tendrás valor?
- ¡Para todo!
- Te advierto que tu hijo...
- Prométame usted que volverá a mis brazos.
- Eso... nadie sino tú lo has de decir...
- ¿Pero usted puede guiarme? ¿Puede decirme dónde lograré encontrarlo?
- ¡Te acompañaré! ¡Quién sabe si estaré en lo cierto!
- En silencio emprendieron el camino. Carmen había olvidado todos los peligros, todas las asechanzas que si bien habíanse dibujado levemente en su conciencia, su amor de madre, saltando sobre todo, no había permitido que las concretara. Existía el peligro. Lo sabía, pero...
- Tras el peligro encontraré a mi hijo.
- Más de una vez, doña Micaela, jadeante, tuvo que refrenar el apresurado paso de Carmen.
- No tardaron en llegar a la calle del Clavel. La beata se detuvo junto al umbral de la casa que ya conocemos, donde Bartolomé, por orden del padre Amador había llevado al hijo del revolucionario.
- Allí sintió Carmen que morían todos sus arrestos, que todas sus energías se apagaban. Advirtió que se doblaban sus piernas y doña Micaela sostívola por los brazos, temiendo que al fin de la jornada, una reacción violenta die-  
ra al traste con toda su intervención.
- La reacción era segura y se produjo a los pocos instantes. Carmen, con sin igual energía, desprendióse de los brazos de la beata y, sola, sin ajeno auxilio, subió a saltos la escalera. Galopaba su corazón y la sangre golpeaba furiosa sus arterias.
- Llegó a la puerta del piso, la empujó resueltamente y cuando salvado el umbral, quiso continuar avanzando, la figura de Gonzalo de Togores le cerró

el camino. Erguido y plenamente satisfecho estaba el aristócrata en el centro del gabinete.

Carmen, al detenerse, lanzó un instintivo grito de alarma, de profunda sorpresa.

No podía retroceder. Tras ella se había cerrado la puerta.

Brillaban felinas las pupilas del aristócrata, y cuando la desolada mujer quiso expresar, acaso una súplica, advirtió que la emoción había cerrado su garganta y que sus manos, en lugar de amenazar, escondían su rostro, cubierto por las lágrimas.

### III

#### EL TRIUNFO

—¡Por fin!—exclamó el duquesito, inclinándose sonriente hacia su víctima.

Carmen, al advertir que las manos de su verdugo rozaban su carne, se alzó y retrocediendo llegó hasta pegar sus manos al muro, tapizado de damasco.

—¡No! ¡No me toque usted!

—¡Vamos! ¿Qué puedes temer aquí? ¡Nada malo puede sucederte entre mis brazos que tanto te desean! Además, piensa que has sido tú quien has venido a esta casa.

—¡He venido por mi hijo! ¡Usted me lo ha robado! ¡Usted lo tiene y usted tendrá que devolvérmelo, porque de lo contrario seré capaz de romperle el corazón con mis propias manos.

—¿Lo sabes tú que yo lo tengo?

—¡De un cobarde no puede esperarse otra cosa! De un canalla que se aprovecha del dolor de una mujer para deshonorarla es lo único que se puede esperar.

—¿Y si no te lo diera?

—¡Ah!... ¿Entonces lo tiene? ¡Lo tiene! Mi hijo está en esta casa.

—¡Sí! Era la única manera de obligarte.

—¡Obligarme! ¿Qué puede ganar con ello? ¿Qué adelanta con encender el odio y la repugnancia y la desesperación en el alma de una pobre mujer?

—Te quise y te quiero. ¡Te deseo y había de conseguirme de cualquier modo!

—Piense que yo se lo perdonaría todo, hasta la vida de aquel pobre muerto a quien adoré con todas las fuerzas de mi corazón, que besaría por donde usted pisara, que a mi hijo le enseñaría a bendecir su nombre y su memoria. ¡Tenga un poco de compasión!

—Es inútil, Carmen, absolutamente inútil. Tus ruegos no han de servir para nada. ¡Estás en mi poder y serás mía!

—¡Mi hijo!

—¡Nunca! Si no accedes a mis deseos, si no comprendes, si no aceptas, apagándola, esta pasión que me ha incendiado la sangre, supeditándolo todo a tu recuerdo, no volverás a ver a tu hijo. Lo llevaré lejos, lo abandonaré donde nunca pueda volver a tus brazos.

—¡No! ¡Dios mío, ayúdame!

—Dios no puede oírte. Sola estás, esclavizada a mi deseo. Nadie te auxiliará, y solamente cuando yo haya saciado en ti esta pasión que más de una vez me hizo desafiar la muerte, verás a esa criatura, podrás tenerlo a tu lado.

—¡Dios mío!

—¿Te pido un sacrificio? Bien; sé que me odias, que me odiarás siempre, pero si mis fuerzas no pueden alcanzar a que me quieras, bastarán para poseerte sacrificando tu corazón y tu cuerpo.

—Me has robado lo que más quería en el mundo. No puede haber un sér sobre la tierra más repugnante ni más cobarde que tú. Vine por mi hijo, y aunque no quieras, sabré encontrarlo y, ¡ay de ti! si tratas de detenerme.

Aquella explosión de energía espiritual no podía apoyarse en la débil resistencia física de la sacrificada. Carmen, resuelta, avanzó hacia la cortina que cerraba la salida del gabinete hacia las habitaciones interiores de la casa.

No pudo llegar. Gonzalo la detuvo, sujetándola por las muñecas.

Entonces se produjo una lucha violenta y repugnante por parte del aristócrata.

—¡Has de ser mía!

Y los labios trémulos buscaban el rostro de la desdichada hasta aplastarse sobre la boca temblorosa de la que apenas podían escapar las palabras de rabia y de vergüenza.

—¡Canalla! ¡Cobarde!

—¡Mía! ¡Mía! ¡Aunque se opongan todos los diablos del infierno!

Rodaron algunos muebles. Nadie vino a intervenir en la lucha. A poco, los gritos comenzaron a perderse en un silencio de posesión y de inconsciente abandono.

Gonzalo había triunfado, y cuando pasadas algunas horas Carmen despertó de aquella horrible pesadilla vivida en plena realidad, halló junto a ella a su hijo, al hijo de Pedro Recio, que pateaba rebelde, como si su espíritu, adivinando la gran vergüenza, se rebelara contra la vida y contra la infamia de los hombres.

Carmen estrechólo sobre su pecho, besó sus mejillas sonrosadas, las besó muchas veces, regándolas con sus lágrimas de seducida. De sus labios no salió una sola palabra. No existían las que hubiesen podido expresar lo que su espíritu experimentaba.

#### IV

#### DIEZ AÑOS DESPUES

La vida, indiferente a tanta renunciación y a tanta amargura, continuaba rodando hacia la muerte por los caminos del mundo.

¿Quién se acordaba ya de aquella República que un día nació entre clamores fervorosos de entusiasmo? La sangre de los mártires había desaparecido bajo el manto real de la restauración borbónica, rojo, muy rojo, acaso por estar teñido con la sangre generosa de los españoles.

Han pasado diez años a partir de los hechos relatados en nuestro precedente capítulo.

Reina en España Alfonso XII, llamado el Pacificador. Ocho años hace que ha terminado la sangría determinada por la segunda guerra carlista. Ya son todos esclavos. Los partidos monárquicos hallaron la suprema regalía del poder a la sombra de un soberano "castizo", que va consumiendo su sangre y su vida en perpetua y absoluta bacanal. La vitalidad de España corre parejas con la juventud del monarca, que va apagándose bajo las garras implacables de una tuberculosis progresiva y terrible.

Gonzalo, dueño ya del título que ostentara su padre, ha visto premiados sus sacrificios por la causa, escalando puestos de confianza y de relumbrón cerca de la corona.

Hace varios años que Carmen y su hijo han salido de Madrid. El prócer los llevó a cierta finca que posee camino de Aranjuez. El niño crece rebelde, ignorado hasta por el propio duque, a quien le molesta su presencia.

Carmen dijérase que murió en aquel día de su renunciación máxima. A partir de entonces parece una sombra que materializada pasea su cuerpo enlutado por los jardines solitarios del hotel.

Apenas habla. Las dos criadas que la sirven, quizá en los diez años no habrán escuchado de sus labios media docena de palabras.

Carmen tan sólo dialoga con su hijo, con su Pedro, para el que guarda todas sus ternuras y todas sus sonrisas.

Un día, el silencioso edificio se alborota por un motivo inusitado.

Un grupo de gentes desconocidas llega junto a la florida verja, la empujan y atropelladamente penetran en el jardín.

Las criadas, que han atalayado el suceso desde lo más alto de la casa, reconocen a Gonzalo, en uno de aquellos personajes. Junto a él marcha un sujeto cuya arrogancia se advierte, vencida por una sospechosa elevación de los hombros. Anchas patillas negras le cubren las mejillas pálidas, y las criadas observan que el jardinero, al descubrir a tan extraño personaje, hinca las rodillas en tierra y así permanece hasta que pasa.

Alguien lo ha dicho:

—¡El rey! ¡Es el rey!

Es cierto. El carruaje, que de regreso a Madrid conducía al monarca y a varios de sus palatinos, ha sufrido una seria avería en plena carretera y Gonzalo de Togores, el poderoso duque de Albaida, ofrece su casa, la casa de Carmen, al monarca.

Ya dentro del edificio, y precediendo al rey, empuja la puerta de un gabinete, y al ceder aquélla, detiénese sorprendido.

Carmen está allí y junto a ella su hijo. Pedro Recio, que ya tiene diez años y que mira curioso la insospechada escena.

El caso no puede remediarse. Alfonso XII acaba de penetrar en la estancia, y al descubrir a Carmen, mira a Gonzalo y sonríe intencionadamente.

El duque de Albaida, al observar la impasibilidad de su víctima, se acerca a ella.

—¿No le conoces? Es el rey, el rey de España que honra este lugar con su presencia.

Carmen no hace el menor movimiento y Gonzalo, sujetándola por uno de los brazos, quiere hacerle hincar las rodillas.

La mujer sacrificada exclama, alzando la frente, mientras dos lágrimas ruedan por sus mejillas:

—¡Maldito sea el rey!

Gonzalo sacude bárbaramente a la mujer, y mientras el monarca sale de la estancia seguido de sus palatinos, Pedro, llorando amargamente, se abraza al cuello de su madre.



## ¿LE INTERESAN LOS LIBROS DE AVENTURAS Y VIAJES?

LEA LA INTERESANTE COLECCION TITULADA:

# AVENTURAS PRODIGIOSAS

QUE SE COMPONE DE LOS SIGUIENTES TITULOS:

- LA AVENTURA INFANTIL.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
JACK Y DOLLY (Emocionantes aventuras de dos huérfanos alrededor del mundo).—18 cuadernos a 10 cts. cuaderno.  
ROCKE (Emocionantes heroísmos y luchas prodigiosas de un muchacho intrépido).—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
LOS HEROES DEL AIRE.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
RAUL, EL PAJE VALEROSO.—14 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
CABRIOLA, EL SALTIMBANQUI PRODIGIOSO.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
MILIN, EL REY DE LA AUDACIA.—10 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
TRIC Y NELLY (Aventuras de dos huérfanos en tierras de canibales).—10 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
NÉD, EL REY DEL AIRE.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
FANET (Extraordinarias aventuras de un intrépido grumete).—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
KIT, AVENTURAS DE UN NIÑO ROBADO.—12 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
TIT, EL HIJO DE SHERLOCK HOLMES.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
FLORDELIS, EL PEQUEÑO MOSQUETERO.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
BOB, EL PEQUEÑO DETECTIVE.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
QUIQUET, EL REY DE LOS AVENTUREROS.—12 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
QUINTIN, EL BOLIDO HUMANO.—42 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
BALA SEGURA, EL PEQUEÑO HEROE DE LA PRADERA.—10 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
PILDORITA, EL GOLFILLO AVENTURERO.—16 cuad. a 10 cts. cuaderno.  
TONI (Aventuras de un joven español en el país de los pieles rojas).—30 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
FANFAN (Prodigiosas aventuras de un muchacho intrépido y valeroso).—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
PAKO, EL REY DEL VALOR Y DE LA FUERZA.—32 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
TINO, EL INTREPIDO.—20 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
KIKI (Prodigiosas y heroicas aventuras de un niño huérfano y pobre a través del mundo).—36 cuadernos a 10 cts. cuaderno.  
RATAPLAN, EL TAMBORILERO DEL REGIMIENTO.—20 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
EN BUSCA DE AVENTURAS.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
FRBD (Heroicas aventuras de un joven abnegado y valeroso).—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
DELFIN, EL GRUMETE DE LOS CORSARIOS.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
AVENTURAS DE RIN-TIN-TIN, EL PERRO JUSTICIERO.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
RALPH, EL PEQUEÑO DETECTIVE.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
AVENTURAS DE DOS HUERFANOS.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
WALTER, EL PEQUEÑO SALTIMBANQUI.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
EL BARON MISTERIO.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
HALKER NOWE, EL PEQUEÑO CORSARIO.—4 cuad. a 10 cts. cuaderno.  
EL PEQUEÑO AVENTURERO.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
EL CLUB DE LOS ENMASCARADOS.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
DECKER DOW, EL TERROR DE LOS PIELS ROJAS.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
JACK WILLS, EL TERROR DE LA PRADERA.—24 cuad., a 5 cts. cuaderno.  
DEKER, EL TERROR DE LOS PIRATAS.—24 cuad., a 5 cts. cuaderno.  
TARARI, EL VALIENTE CORNETIN.—20 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
FLORIAN, EL CADETE DE LA REINA.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
TITAN DE BRONCE (Aventuras de un capitán de 20 años).—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
FERMIN DE CASTRO, EL GUERRILLERO FANTASMA.—24 cuad., a 10 cts. cuaderno.

*Dichas obras puede Vd. adquirirlas por mediación de nuestros corresponsales o pidiéndolas directamente a esta Editorial. El pago debe ser anticipado por giro postal o en sellos de franqueo.*

Dirigir la correspondencia a las siguientes señas:

SR. D. JUAN BRUGUERA, EDITORIAL "EL GATO NEGRO"

MORA DE EBRO, 141

BARCELONA